

cana”, López acude a la distinción de Reinhart Koselleck entre el “espacio de experiencia” y “el horizonte de expectativa” como uno de los puntos de partida para analizar cómo la izquierda constitucionalista durante el régimen represivo de Balaguer configura el segundo a expensas del primero, privando a los personajes femeninos principales, de integrar su previo conocimiento personal a los ideales utópicos revolucionarios. Con característica lucidez, López formula una nueva distinción entre lo que ella denomina “la épica volitiva” y “la crítica dubitativa”. Mientras que la primera es acogida por el personaje de Ercira, la segunda, propia del personaje de su amiga Trinidad, es la que, según López, “resulta más próxima al lector” (199). La expresión de esta postura permite que se cuestione el ideal modernizador de la izquierda revolucionaria dominicana que ante la mirada crítica de Trinidad, revela sus rasgos patriarcales, verticalistas, épicos, cartesianos, teleológicos y autoritarios.

El último ensayo de la colección aborda la obra *Barataria* del escritor Juan López Bauzá. Mientras que el personaje de Chiquitín—versión en clave boricua del personaje de don Quijote de la Mancha—, muestra una “compulsión épica” y martiroológica por delimitar su propia identidad hacia un *telos* modernizador anexionista, Margarito, su “asistente” elude el “esquematismo moral entre el bien y el mal” y reconoce las desigualdades de poder más allá de cualquier estatus político para la isla. A diferencia de la obra cervantina, Chiquitín no quedará desengañado y los per-

sonajes se desplazarán por la isla sin rumbo fijo, conformando lo que López denomina como una “territorialidad errática”. Lo errático se convierte en un “rasgo definitorio de lo puertorriqueño y de lo caribeño”, suplementando así, de forma contundente, la tesis carpenteriana sobre el carácter barroco de la cultura caribeña. Es en dicho desplazamiento impredecible donde la autora halla la posibilidad de un nuevo agenciamiento que, sin renunciar a la utopía y al placer, y asumiendo el trauma de la violencia y las derrotas, quiebra los confines de las prescripciones normativas, restrictivas y excluyentes, desde el fracaso y hacia lo porvenir.

Teresa Peña Jordán

Universidad de Puerto Rico

Eduardo Huaytán Martínez. *La voz, el viento y la escritura. Representación y memoria en los primeros testimonios de mujeres en el Perú.* Lima: Fondo Editorial de la Universidad San Ignacio de Loyola, 2013. 308pp.

El testimonio se erige en América Latina como una modalidad discursiva que tornó porosas las fronteras entre la literatura y otras disciplinas. Al mismo tiempo, instala una discusión y propicia un cuestionamiento y reflexión en torno de los géneros discursivos, el canon literario y su función estético-política dentro de la literatura.

En el Perú las historias de vida se vuelven protagonistas de una serie de publicaciones que desde la década del 70 hasta el día de hoy se siguen gestando. Los temas que

más han interesado a los investigadores son: los niveles de representación, la identidad y el tipo de saberes que emite el sujeto testimoniante. Los acercamientos se han realizado ya sea desde los estudios de género o desde los estudios subalternos. En estos dos últimos, se encuadra el reciente libro de Eduardo Huaytán Martínez titulado *La voz, el viento y la escritura. Representación y memoria en los primeros testimonios de mujeres en el Perú*. Este texto tuvo una primera versión en su tesis de magíster sustentada en la Universidad Católica del Perú. Su abordaje no distingue matrices culturales, pero sí posee un eje organizador, pues el autor escoge un corpus cronológico: la década del 70 (1974-1979). En el libro se analizan los testimonios de Agustina Huaquira Mamani (1974), contenido en el libro *Huillca: habla un campesino peruano* de Hugo Neira; Asunta Quispe Huamán (1977), que está dentro de la *Autobiografía de Gregorio Condori Mamani* de Ricardo Valderrama y Carmen Escalante; los testimonios colectivos de *Ser mujer en el Perú* de Esther Andradi y Ana Ma. Portugal (1977); y *Cinturón de castidad: la mujer de clase media en el Perú*, de Maruja Barrig (1979).

El objetivo central estuvo puesto en las dinámicas de la representación condicionadas por los sistemas de género. Para ello Huaytán Ramírez tomó en cuenta las variables de clase y etnia, que antes no habían sido empleadas por los investigadores. Premunido de un aparato crítico y teórico sólido, se propuso describir la especificidad de los testimonios de mujeres

a partir de la crítica latinoamericana y la teoría de género.

El libro está dividido en cinco capítulos. En el primero, “Teoría, crítica y debate. Las encrucijadas del testimonio latinoamericano”, se expone un breve recorrido a partir del amplio debate generado por la academia norteamericana durante las décadas de 1980 y 1990 y “actualiza las definiciones y características principales de la producción testimonial, su vinculación con otros géneros (biografía, autobiografía, novela), su condición estética, la compleja y la tensa relación que se suscita entre el gestor y el testimoniante” (29). Particularmente, se detiene en reflexionar sobre la necesidad de proponer una teorización para otras formas testimoniales, como las producidas en nuestro país, porque tienen sus propias particularidades que las diferencian con el testimonio latinoamericano.

En el segundo capítulo, “Relaciones entre testimonio y género o los silencios y omisiones de la crítica”, propone al testimonio como una plataforma única que permite la representación de las mujeres sin importar la etnia, clase o espacio geográfico al que pertenece. Una de las propuestas más interesantes es si la forma de recordar está condicionada por el espacio físico y simbólico desde donde se ubica la testimoniante (desde qué roles de género) y cómo puede incidir en el acto de recordar. Aunque no se detiene a estudiarlo *in extenso* sí lo plantea como un tema a desarrollar a los futuros investigadores.

En el tercer capítulo, “Por el camino de la antropología y la literatura se llega al testimonio (en el

Perú)”, Huaytán relaciona el género con la narrativa indigenista y la antropología culturalista. En su propuesta el testimonio significó una superación de ambos paradigmas, pues, de un lado, supera a la antropología culturalista al representar a mayores colectividades (hombres y mujeres más allá del espacio andino) testimonios de hombres y mujeres afrodescendientes o de la selva, de zonas rurales o urbanas sin distinción alguna; y, de otro lado, supera a la ficción indigenista, pues se propicia una presencia real de la voz del subalterno y no sólo la construcción ficticia hecha por el intelectual letrado.

El capítulo 4, “Primera entrega testimonial de mujeres en el Perú: los testimonios de dos mujeres indígenas”, analiza los testimonios de Agustina Huaquira y Asunta Quispe, ambas quechuahablantes, que encuentran canales limitados de representación por parte de sus mediadores, en especial en el caso de Hugo Neira y su trabajo con Agustina Huaquira. Él privilegia el discurso político sobre el simbólico y subvierte su voz representándola sólo como “compañera, apéndice y parte del héroe sindicalista [Saturnino Huilca, su esposo]” (174). En el caso de Asunta su voz encuentra “una verdadera plataforma representacional” (282), porque los antropólogos privilegian el discurso simbólico y no el político.

En el quinto capítulo, “Afirmación y protagonismo de las voces femeninas: los testimonios colectivos de mujeres urbanas (1977-1979)”, revisa el feminismo en la década del 70, porque esta corriente es la que propiciará la represen-

tación de mujeres urbanas de clase media en los textos *Ser mujer en el Perú* y *Cinturón de castidad*. En ambos, la plataforma de enunciación se expande y permite mayor expresión, pues las gestoras de los testimonios –Esther Andradi y Ana María Portugal en el caso del primero y Maruja Barrig en el segundo–, son feministas mediando la voz de mujeres semejantes a ellas, es decir, mujeres urbanas y de clase media con inquietudes y cuestionamientos comunes. En el primero, se identifica un nosotros coral con temas comunes aunque desde distintas perspectivas. Esta operación potencia sus voces, permite la confrontación de ideas y tópicos planteados por las investigadoras y, al mismo tiempo, se denuncia la situación de las mujeres de este periodo. El segundo texto “coge matices más densos” (285) debido a que en las entrevistas individuales se ofrece una mayor subjetividad ya que no estuvieron ceñidas a un cuestionario por lo que los temas no son repetitivos, sino reiterativos.

La voz, el viento y la escritura es un aporte importante en los estudios sobre el testimonio en nuestro país, pues es la primera investigación que intenta subsanar un vacío, ya que describe, analiza, sistematiza y organiza el corpus testimonial femenino de la década del 70.

Sara Viera Mendoza
Universidad Nacional
Mayor de San Marcos